

Juba habia escuchado como por fuerza, y cuando el eclesiástico acabó, se levantó y empezó á hablar impetuosamente contra su costumbre.

—¡Calla! dijo aplicándose las manos á los oídos con violencia. No les haré traicion, no es necesario. Mira, (continó cogiendo á Cecilio por el brazo y señalando una parte del bosque que se encontraba al lado de donde soplabá el viento,) eclesiástico, tú perteneces al número de aquellos que saben predecir el destino de los demas, y no ven el suyo. Lee allí, nada es mas fácil, lee tu porvenir.

Su mano se estendia hácia un sitio del bosque donde era visible, en medio del espeso follaje, el reflejo de un estanque ó de un pantano. Las diferentes aguas de los alrededores, que brotaban de las arenas ó que provenian de los vapores condensados de la noche, habian ido á parar á una caverna llena de los restos de la vegetacion de los años precedentes, produciendo á la larga, por la filtracion, un arroyuelo mas puro que el estanque. Sus orillas estaban cubiertas por una espesa y ancha capa de fango, sustancia de transicion

entre la rica materia vegetal que un dia habia sido, y el vasto foco de vida que era para los insectos. Una nube ó neblina se veía en aquel momento suspendida sobre él á grande altura. Un ruido discordante y agudo, especie de silbido ó de gorgéo, salía de aquella nube, é iba á herir los oídos del observador, el cual desde luego comprendia lo que significaba.

—Allí está, exclamó Juba, lo que te hará mas daño que el edicto imperial, que el denunciador ó que el *apparitor* del procónsul, y no es obra mia, por cierto.

Pronunciadas estas palabras, dió vuelta á la colina y desapareció. Agelio y su huésped se miraron con asombro.

—La langosta, dijo el uno al otro en voz baja al entrar en la cabaña.

CAPITULO XV.

La plaga de la langosta, una de las mas terribles á que estaban espuestas las regiones comprendidas en el impe-

rio romano, se estendia desde el Atlántico á la Etiopia, desde la Arabia á la India, y desde el Nilo y el Mar Rojo á la Grecia y al Norte del Asia Menor. La historia cita casos en que nubes de estos insectos devastadores cruzaron el Mar Negro, adelantándose hasta Polonia, y el Mediterráneo hasta Lombardía. La langosta es tan abundante en sus especies, como vasto es el territorio en que ejerce su destructor imperio. Allí las generaciones suceden á las generaciones con cierto aire de familia, pero con distintos atributos, como leemos en los profetas del Antiguo Testamento. Bochart cree que se pueden contar hasta diez especies. Su aparicion por lo general es en el mes de Marzo; pero hay ejemplos de haberse presentado en Junio, como acaeció en la época á que se refiere esta historia. Cada bandada contiene millares de insectos, que sobrepujan á quanto es capaz de concebir la imaginacion, siendo solo comparables á las gotas de lluvia ó á las arenas del mar; de donde procede la espresion proverbial de los orientales (según se ve en las sagradas páginas á que acabamos de aludir), quienes, al querer

describir un numeroso ejército invasor, lo comparan á las langostas. La nube que forman es tan densa, que no se pecará de exageracion al decir que ocultan la luz solar, circunstancia á que deben el nombre con que las designan los árabes, y cuando se posan en la tierra cubren realmente su superficie.

Este último rasgo característico se confirma en la sagrada relacion de las plagas de Egipto, donde se menciona así mismo su poder devastador. Precedieron á las langostas las moscas nocivas y el destructor granizo; pero *ellas* acudieron luego á consumir la ruina. Porque, no solo las cosechas y los frutos, sino tambien el follaje de los bosques, y hasta las ramas tiernas y la corteza de los árboles, son pasto de su curiosa y enérgica voracidad. Algunas veces se las ha visto roer los piés derechos de las puertas de las casas. Ni ejecutan su cometido de manera que, así como ha sucedido á otras plagas, puedan tener sucesores; pues echan á perder lo que dejan trás sí. Semejantes á las Harpías, manchan con su baba todo lo que tocan; y esta baba produce el efecto de un virus corrosivo, ó segun

pretenden algunos, quema y calcina los objetos á que se adhiere. Entonces, como si aun esto no fuese nada, no encontrando en qué saciar su furia asoladora, mueren, y al morir, parecen dar al hombre la última prueba de su malevolencia, pues que los elementos venenosos de su naturaleza se descomponen y esparcen por todas partes, engendrando la peste; con lo cual logran causar mayores males muriendo, que los que habian causado durante su vida.

Tales son las langostas, que los antiguos hereges citaban como la prueba mas concluyente de la existencia del principio malo; y hácia las cuales muestra un escritor árabe su horror nacional, diciendo que tienen la cabeza de un caballo, los ojos de un elefante, el pescuezo de un toro, los cuernos de un ciervo, el pecho de un leon, el vientre de un alacran, las alas de un águila, las piernas de un camello, los piés de un avestruz y la cola de una serpiente.

Veíaselas á la sazón lanzarse sobre una parte considerable de la hermosa region que hemos alabado tanto. El enjambre que Juba señaló con el dedo, habia crecido hasta el punto de conver-

tirse en un cuerpo compacto, de la estension de un estadio cuadrado; sin embargo, no era mas que la vanguardia de una série de tropas por el estilo, que se formaban saliendo una tras otra del pantano ya descrito, y que, elevándose en el aire á modo de nubes, se estendian como una bóveda oscura para arrojarse luego sobre la fértil campiña. Al fin la inmensa multitud se puso en movimiento, y empezó su carrera velando la faz del dia. Como conviene á un instrumento del divino poder, parecia no tener voluntad propia; y avanzaba, impelida por el viento que la dirigia hácia el Norte, directamente sobre Sicca, descendiendo por grados hasta rozarse con la tierra, mientras que nuevas mazas sucedian y se aproximaban á su vez al suelo. Estendianse en un espacio de doce millas, y su silbido era perceptible á la distancia de seis millas en todas direcciones. El brillante sol, aunque oculto por ellas, iluminaba sus cuerpos y se reflejaba en sus alas; y cuando cayeron pesadamente en tierra, semejábanse á innumerables copos de nieve amarilla. Y como nieve cubrieron á modo de alfombra viva, ó mejor dicho, de paño

— 240 —
murtorio, los campos, frutos, jardines, talleres, arboladas, huertos, viñedos, olivares, naranjales, palmares, y hasta los espesos bosques, no perdonando nada de lo que estaba á su alcance; y dada de no encontraban qué devorar, permanecian amontonadas é inmóviles, ó avanzaban arrastrándose obstinadamente, lo mejor que podian, con la esperanza de botin. La pérdida de doscientos ó trescientos mil soldados, no se hubiera hechoado menos en sus filas; sus masas ocupaban los fondos de los barrancos y obstruian los caminos abiertos en la roca, estorbando á los viajeros continuar su jornada, y pereciendo millares de langostas bajo los pies de los caballos. Pero las que así sucumbian, ó las que se ahogaban en el rio, en el estanque, en los arroyuelos, no aminoraban el mal. En vano los pobres labradores, á la vista de su enemigo, abrieron apresuradamente pozos y fosos, llenándolos de agua ó de rastrojo encendidos; pues las langostas caian mas espesas cada vez, y pródigas de su vida, ahogaban el fuego y embedian el agua, prosiguiendo entre tanto su marcha aquellas vastas y asoladoras hordas.

— 241 —
Iban en línea recta, como soldados en sus filas, sin que nada las detuviese ni desviase, trazando un ancho surco, negro y horrible, al través del país, que permanecía tan verde y risueño á los lados y en el frente del ejército, como antes de la irrupcion. Para servirme del lenguaje de los profetas, ante ellas se veia un paraiso y detrás un desierto. Nada las asustaba: salvaban paredes y setos, y se introducian en los jardines murados y en las casas habitadas. Un viñedo raro habia sido plantado por via de ensayo en un soto, y aunque los vientos de Africa causan daño ordinariamente á los débiles enrejados y á las estacas altas y delgadas, elevábase allí el olmo de la Campania, por cuyo tronco sube la vid á tal altura, que los pobres vendimiadores exigian una pira fúnebre ó un sepulcro, entre las condiciones de su contrato. Mas las langostas hicieron lo que no habia sido posible á los vientos ni al rayo, y desapareció toda esperanza de vendimia, pues no dejaron mas que tallos desnudos. Habia otro viñedo, menos raro, pero cultivado tambien con singular esmero; cada planta estaba circuida de una zanja con

sus correspondientes estacas en que enredarse; y en el espacio de una hora los cuidados y afanes del viñador quedaron perdidos y humillado su orgullo. Mas lejos, en una risueña heredad, otra vid de las mas notables estaba plantada junto á la casa; brotaba de un solo tronco, y habia vestido con sus muchas ramas las cuatro paredes, colgando de toda ella grandes racimos que debian madurar el mes próximo; pero cada racimo, cada hoja, estaba cubierta de langostas. Dentro de cuevas y cisternas bien secas, y cuidadosamente alfombradas de paja, los segadores habian almacenado (creyéndolo allí seguro) el famoso trigo de Africa, un grano ó una raiz del cual produce diez, veinte, cincuenta, ochenta, y hasta trescientos ó cuatrocientos tallos; aconteciendo algunas veces que estos tallos criaban dos espigas, de las cuales nacia luego muchas otras. Estas provisiones eran para el populacho romano, pero las langostas se anticiparon á devorarlas. Los trozos pequeños de tierra, pertenecientes á los aldeanos pobres del país, y destinados al cultivo de los nabos, cebollas, cebada y sandías que les servian de alimento, fueron de-

vastados por aquellos insaciables invasores, lo mismo que las vides y los olivos mas esquisitos. Ni respetaban mas la quinta del decurion civil ó del oficial romano. El huerto, esmeradamente conservado, con sus guindas, ciruelas, duraznos y albaricoques, no tardó en quedar desierto; mientras que los esclavos sentados en la cocina en el primer patio tomaban su frugal cena, la fuerza invasora inundó el edificio, y llegó á oídos de aquellos que el enemigo se habia lanzado sobre las manzanas y peras del subterráneo, y que al mismo tiempo estaba robando y saqueando las conservas de membrillo y de granada, y refocilándose con las ánforas de aceite precioso de Chipre y de Mende, que habia en las despensas.

Se adelantan las langostas hasta las murallas de Sicca, de donde son rechazadas y van á caer en el foso; pero no vacilan ni se detienen un momento, sino que recobrándose, trepan por las construcciones de madera ó de estuco, salvan el parapeto, entran libremente por las ventanas en las casas, y llenan los salones y los cuartos mas secretos y lujosos, no una á una ó dos á dos como

merodeadores ó gente ébria despues de la victoria, sino en órden de batalla y con todo el aparato de un ejército. Las plantas selectas ó las flores destinadas á adornar ó cubrir con su sombra los *impluvia* y los *sixti*, como mirtos, naranjos, granados, la rosa y el clavel, han desaparecido. Las langostas empañan los brillantes mármoles de las paredes y el dorado de los techos. Penetran en el *triclinium* en medio del banquete, se arrastran por los manjares y ensucian lo que no devoran. Sin que el buen éxito ni la plenitud del goce consigan saciar las, continúan avanzando siempre, y un instinto secreto y misterioso las mantiene reunidas, cual si obedeciesen los mandatos de un rey. Caminan por el piso con tan admirable órden, que parecen un pavimento de mosaico, hecho para servir de odorno artificial al sitio; tan bien trazadas están su líneas, y tan perfecto es el modelo que describen. Enderezan luego su curso al mercado, se lanzan sobre los objetos destinados á los sacrificios religiosos, llenan las panaderías, fondas, confiterías, droguerías, todo les es igual; donde quiera que el hombre tiene algo que comer ó que

beber, allí acuden, importándoles poco la muerte, y seguras de encontrar en qué cebarse.

Parten al fin: los habitantes de Sicca se felicitan tristemente de ello, y empiezan á mirar en torno y á contar sus pérdidas. Como propietarios de los distritos vecinos y compradores de sus productos, se lamentan, no porque la campiña haya sido despojada de su hermosura, sino porque la venta será menor y los precios se encarecerán. ¿Qué hacer para alimentar una poblacion de muchos miles de almas? ¿Dónde encontrar grano, melones, higos, dátiles, calabazas, habas, uvas para mantener y consolar aquella multitud en sus callejuelas, cavernas y boardillas? Otra grave consideracion para las clases acomodadas era la siguiente: ¿cómo pagar los impuestos, la capitacion, el derecho sobre el trigo, los varios artículos de renta debidos á Roma? ¿cómo suministrar el ganado necesario para los sacrificios y para las mesas de los ricos? Cuando menos una mitad de las provisiones de Sicca han sido destruidas. Ya no se ve á los esclavos venir del campo á la ciudad en tropas con sus

cestas al hombro, ó llevando ante sí cargados el caballo, la mula ó el buey, ó detrás de sí la peligrosa vaca ó el dócil carnero. La animacion de la ciudad ha desaparecido; la tristeza reina en el Foro; y si algunos de los que tienen la costumbre de concurrir á él muestran aún alegría, esta misma alegría es sombría é indiferente. Los dioses han abandonado á Sicca: algo debe haberlos irritado contra ella, pues si bien las langostas visitan el país con frecuencia, es en una estacion menos adelantada. Quizá algun templo habrá sido contaminado, ó se habrá introducido algun rito profano, ó tramado alguna conspiracion secreta.

Una nueva calamidad sobrevino, peor que la primera. Las langostas, como hemos dicho, podian ser aun mas terribles por su propia ruina que por los destrozos que causasen. Los habitantes del país habian tratado, siempre que les habia sido posible, de destruirlas con el fuego y el agua; pero parecia que los malignos animales habian resuelto hacer á sus víctimas todo el mal que dependia de ellos, pues cuando se encontraban apenas á unas veinte millas

de Sicca, repentinamente enfermaron, y despues de haber devorado todas las riquezas de los campos, murieron, convirtiendo el teatro de su devastacion en su sepulcro. Habian recibido de él las formas tan variadas y bellas de sus cuerpos, y en premio le dejaron sus fétidos y emponzoñados cadáveres. Fué una catástrofe imprevista, porque las langostas marchaban, al parecer, hácia el Mediterraneo, como si, semejantes á los grandes conquistadores, se propusiesen someter otros mundos mas allá de aquel mar; pero, sea efecto de alguna alteracion atmosférica, ó que les hubiese llegado su hora, el caso es que sucumbieron, y que su gloria se redujo á nada, resultando ser todo para ellas vanidad como para el resto de los vivientes: “y subió su hedor, y subió su corrupcion, porque obraron con soberbia.”

Los horribles enjambres yacian muertos en los sotos húmedos, en los verdes pantanos, en los valles sombríos, en los fosos y surcos de los campos, en medio de los monumentos de sus proezas, en medio de las cosechas arruinadas y de los viñedos destruidos. Un elemento ponzoñoso, desprendiéndose de sus ca-

dáveres, se mezcló con la atmósfera y la corrompió. El infeliz campesino comprendió que tenía encima un nuevo azote, la peste; azote que no se limitaba al territorio ocupado por el enemigo, sino que se estendía, como la atmósfera, en todas direcciones. No pudiendo consagrarse ya al cultivo y la recolección de los frutos, pues que estos no existían, se dedicó á desembarazarse del fatal legado que había recibido en su lugar. Tarea inútil: los fosos que abría, las piras que elevaba debían servir juntamente para su cuerpo y los de sus enemigos. El invasor y la víctima yacían en la misma tumba, eran consumidos por la misma llama. Una nueva invasión amenazaba á Sicca: habiendo roto el terror pánico todos los lazos de la disciplina, viose correr á la ciudad, como á un asilo contra el hambre y el contagio, á miles de aldeanos y de esclavos, con sus gefes é inspectores, y hasta á los arrendatarios y los dueños de las tierras. Los habitantes de Sicca, aunque tan asustados como ellos, mostraron mas energía y decidieron no dejarlos acercarse. Se cerraron las puertas de la ciudad, trazóse un cordón sa-

nitario de los mas rigurosos; pero la continua presión fué causa de que aquella multitud lograrse por último entrar, á manera del agua en un buque, ó de la luz al través de los postigos cerrados; y como, por otra parte, el aire no puede ser puesto en cuarentena, la peste triunfó al cabo, y apareció en las callejuelas y cuevas de Sicca.

CAPITULO XVI.

“¡Oh miserables espíritus de los hombres! ¡Oh corazones ciegos!” esclama con verdad un gran poeta pagano, aunque por motivos que distan mucho de ser los verdaderos; pues la razón de lamentar la suerte de los hombres es, que no interpretan las señales de los tiempos y del mundo según la intención de Aquel que las ha colocado en los cielos; que estando escritas en la etérea bóveda las palabras Mane, Thexel, Phares, no saben leerlas; y que, en lugar de dirigirse á Daniel, acostumbrado á conversar con los ángeles, van á buscar en otra parte un intérprete, poniendo su